



**Mariano José de Larra**

**Fígaro a los redactores de El Mundo**  
**I**

En el mundo mismo, o donde paren

Madrid, primer mes del primer año del reinado del señor Calatrava I.  
Muy señores míos: Los que me vituperan de haber suspendido por espacio de seis largos y pesados meses cierta correspondencia que, cuando Dios quería, alimentaba con mi corresponsal de París, vive Dios que no me conocen si piensan que se me hacía cuesta arriba escribir cartas o que les perdí por acaso la afición. Es todo lo contrario; precisamente es mi comidilla, y me chupo los dedos tras una carta puesta a tiempo, sobre todo si lo que en ella digo es lo que siento, como suele suceder cuando es la tal carta picante y amostazada; en cuanto a las cartas de terneza y cumplimiento, éstas entran en el número de las cosas que en sociedad se hacen por lograr algo o por no ser menos que los demás en finura y correspondencia; sabido es que éstas se escriben siempre afectando sentimientos que no se abrigan, y empezando: «Ídolo» o «ángel mío», si son de conquista; «Mi querido Fulano», si son de amistad; o «Muy señor mío y

mi dueño», si versan sobre interés o negocios, y rematando con aquello de «Tuyo hasta la muerte», «Tu constante amigo» o «Su seguro servidor q.s.m.b.», mentiras tan mentiras que suelen dar risa al que las escribe antes de enviarlas, y risa al que las recibe antes de leerlas.

Dejando a un lado estas últimas, que se parecen a las del juego en los pases y codillos que con ellas se dan, repito que son las cartas mi comidilla, y que el día que no escribo alguna a alguien, sea quien fuere, exclamo como el buen emperador romano cuando se acostaba sin haber hecho un beneficio: «¡Hoy he perdido el día!». De donde vengo a sacar en conclusión, con harto dolor, que durante los seis meses en que he suspendido mi correspondencia no he perdido malamente más que la friolera de ciento ochenta y dos días y medio cabales, con sus respectivas noches y crepúsculos.

Dado de nuevo al mundo, y devuelto a mis antiguos y saludables hábitos de reírme de todo, por no tener que llorar por todo, claro está que había de volver con mis demás costumbres la afición a mis cartas de mi vida; en cuanto abrí los ojos esta mañana, fue mi primera idea escribir una a mis dignos amigos y compañeros, como diría un diputado, y más, que había por qué. El ignorar dónde ustedes viven no es dificultad para mí, porque tengo en esto más práctica que un cartero; tanto, que no haría nada de más el gobierno, o como se llame, en darme la dirección de Correos. Aunque no fuese mucho hacer dirigirlas mejor y más pronto que suele este establecimiento, con todo, tengo para mí que todavía me había de lucir, y ni había de haber una sola interceptada, ni que dejase de ser leída, una vez escrita, ni menos que fuese devuelta a la lista de los atrasos del mes o de la semana, para yacer olvidada en un poste, como un bando o como un apremio de préstamo forzoso.

En todo caso, me acuerdo de lo que se cuenta de Boerhaave, que habiéndole escrito el emperador de la China consultándole acerca de una dolencia, le puso el sobre: «Al doctor Boerhaave en Europa»; y la carta llegó como si la hubiera traído él mismo.

Imitando este ejemplo, he dicho para mí: en el mundo estamos todos, y en él nos encontraremos; por tanto, no hay como ponerle la dirección «En el Mundo»; además de que, si he de juzgar del corazón de ustedes por el mío, estoy seguro de que el que nos busque nos encuentra.

Es el motivo de esta carta recordar que no hace muchos días cierto periódico, con cuyo nombre me sucede exactamente lo mismo que a Cervantes con el lugar de Argamasilla, según los más sabios comentadores, echaba en cara a los redactores de El Mundo que no diesen la susodicha cara para escribir al público.

Picome esto en extremo, y no quiero dejar pasar la indirectilla sin un regular tapabocas, por eso mismo que hace pocos días que soy redactor y que me tengo por tal cual hombre de mundo.

Ustedes le dieron por el pronto la respuesta que más a sus fines convino, y así sería injusto que me pareciesen mal sus determinaciones, como lo sería que a ustedes no les pareciese bien la que acabo yo de tomar. Porque o somos o no somos libres.

Convengo con las razones que ustedes apuntaron para no dar la cara en sus escritos, y aun yo añadiré otras que me parecen concluyentes, sin querer afirmar por eso que lo sean, pues tengo larga experiencia de haberme

parecido en este pícaro mundo muchas cosas lo que realmente no eran. Diré, pues, en abono de ustedes mis razones.

Cuando se escribe, ¿de qué se trata? No me negarán los redactores de aquel periódico que se trata de decir a los demás lo que uno piensa, o por lo menos lo que quiere este uno que los demás crean que piensa. En dando pues el artículo está casi hecho todo, porque ya no falta más sino que lo crean a uno. Si se tratase de dar la cara los redactores, podría reducirse un periódico a una colección de retratos; esto tendría varios inconvenientes:

1.º Que no siendo circunstancia indispensable para ser redactor el ser bonito, el público podría tener muy mal rato viendo ciertas caras. 2.º Que una vez dada la colección de las caras de los que escribiesen en el periódico, o sería cosa de andar mudando todos los días de redactores sólo para que el público viese caras diferentes, o de volver a empezar, y esto se me antoja medianamente pesado, por muy variadas y muy historiadadas que tuviésemos las caras los redactores de El Mundo, y por muchas que sean las caras que pueda tener un escritor público. Hay otra prueba más fuerte. Si el negocio del periodismo consistiese más que en el artículo en el nombre del autor, haría más efecto poner una rúbrica en donde se pone el artículo, y Cristo con todos. Nadie sin embargo quedaría muy convencido, y eso más parecería una lista de proscripción que un periódico. Del nombre del autor no se infiere un artículo, pero de un artículo sí se infiere que debe haber autor, porque los artículos generalmente no se escriben ellos a sí mismos.

A pesar de razones tan fuertes, que yo mismo conozco tener ustedes para esconder en estas circunstancias la cara, como si fuera dinero, esta carta se dirige a declararme en estado completo de insubordinación contra lo determinado por mis compañeros, porque sería un dolor que nosotros fuésemos a dar un ejemplo de armonía en un país donde no hay ninguna, o de disciplina donde no la conoce ni la tropa. Esto me puede valer algo con el tiempo, verbi gratia, unos galones, o que me fusilen, que de todo hay ejemplares. Por tanto me declaro en Junta y hago manifestación de hallarme con respecto a ustedes en circunstancias extraordinarias, como el gobierno respecto de los llamados gobernados.

Yo doy la cara; primero, porque no tengo otra cosa que dar, y creo que hago un don a la patria, pues tal cual es, tampoco tengo otra ni peor ni mejor guardada para un apuro. Yo declino mi nombre como Agamenón. Yo soy Fígaro; todo el mundo sabe quién es Fígaro, y por si acaso alguien lo ignora, añadiré que Fígaro y Mariano José de Larra son tan uña y carne como el diputado Argüelles y la Constitución del año 12, y que no se puede herir al uno sin lastimar al otro. Juntos vivimos, juntos escribimos y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos.

Daremos más señas: escribimos en El Mundo cuatro parrafillos mensuales, donde a fuer de barberos podemos hacer la barba a cuatro parroquianos al mes; escribimos en El Redactor General, como habrán visto los que le lean por nuestro primer artículo, inserto en su número de ayer; y todavía nos queda tiempo para redactar en El Español la sección de teatros y de literatura; todo eso con nuestros correspondientes sueldos y porqués, asegurados por contrata, que de eso vivimos, y lo tenemos a mucha honra. Y con la ayuda de Dios y de nuestro pobre ingenio, aún nos ha de quedar vagar para dar al teatro muy en breve algún drama espantable o alguna

comedia risible, hijos de ratos perdidos, algún folletito de circunstancias, y cualquiera otra tontería que nos ocurra, que no dejará de ocurrirnos. Advirtiéndole que nunca escribimos sin firmar, con lo cual ni los lectores, ni la ley, si ley hay aquí, tienen que quebrarse la cabeza en averiguar el nombre del que los divierte, o del que se ha de prender. Tenemos hecha la maleta para la primera remesa de deportación que ocurra, y pedidas cartas de recomendación para las islas adyacentes, aunque no pensamos ir, porque no conspiramos y por otras razones. En cuanto a papeles, como el Gobierno ha tenido la bondad de avisarnos con tiempo que los había de registrar, no hemos dejado más que las cartas amorosas, que habrían de ser buen rato para el señor jefe político y para los testigos. Los demás los hemos recogido (inclusas las letras de cambio, porque francamente no nos fiamos), aunque nada tenían de particular; pero como trataban de literatura, y no tenemos a los que prenden por muy versados en la materia, no hemos querido que tomen una apuntación en griego por signos masónicos o de sociedad secreta, algunos sonetos que teníamos hechos a Filis por adulaciones a la república u otro bicho semejante, o alguna elegía a la muerte de un amigo por un sermón de difuntos al Estatuto. Item más, declaramos en toda forma vivir en la calle de Santa Clara, casa número 3, en la cual pensamos seguir viviendo hasta que se hunda; donde se nos puede prender por la mañana, desde las nueve en adelante; y en fin, adonde nos retiramos tarde por la noche y solos los dos, Fígaro y dicho Larra, bras dessus, bras dessous, ordinariamente por la calle Mayor. Y así como los anuncios de los carruajes que salen suelen añadir: «Se admiten arrobos», declaramos que tanto en aquella casa, que está a la disposición de ustedes, como fuera de ella, admitimos anónimos, calumnias, billetes amorosos, cartas de convite, esquelas de entierro, comunicados, desafíos, motines, puñaladas, órdenes de destierro, ministros (esto es, alguaciles, que a los otros no recibimos, aunque en el día todos prenden) y demás, con equidad y a gusto de los consumidores. De todo lo cual dará razón Fígaro en su siguiente carta. Y no ocurriendo más por hoy, y teniendo que ir a dar una vuelta al Prado a coquetear, o a la calle de la Montera a mentir, que es lo mismo, si el tiempo lo permite, queda muy de ustedes y les besa su mano, como generalmente se dice, y no se siente, su afectísimo.— Fígaro, o, por otro nombre, Mariano José de Larra. El Mundo, n.º 210, 27 de diciembre de 1836.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

